

8^{OF}FM
000



ORDO FRATRUM MINORUM 2008

Sollemnitas Sancti Francisci

EL SEÑOR ME DIO A MÍ...

Queridos Hermanos,

Este año nos acercamos a vosotros en la memoria del Tránsito de nuestro padre y hermano san Francisco, para releer juntos el Testamento, memoria de su vida y vocación evangélica.

En ese texto, S. Francisco recorre su existencia a la luz de la iniciativa del Altísimo. En el Testamento reconocemos la forma carismática de nuestro camino personal y comunitario, en confrontación vital y crítica con nuestro tiempo.

En la presente carta, la última de nuestro servicio como Definitorio general, concluimos el camino que nos han permitido recorrer las prioridades de la Orden con la formación permanente e inicial del Hermano Menor, discípulo que sigue los pasos de su Señor y Maestro, seducido por su persona y por su palabra. Es el itinerario continuo de formación que nos atañe a todos en las diversas edades y situaciones de la vida, como nos lo ha recordado el nuevo Documento sobre la Formación Permanente, que acaba de ser publicado. Es evidente la importancia vital de este ámbito para nuestro presente y para el futuro de nuestra vida.

Deseamos poder reavivar en nuestro tiempo, de manera novedosa, la fascinación que la persona de Jesucristo, la vida de Francisco y de muchos Hermanos han ejercido sobre todos nosotros. Somos concientes de que sin esta atracción profunda, que mueve y educa nuestros deseos, actualmente tan cambiantes, no hay propuesta válida de formación. Además, si no se custodia de manera cotidiana y continua la amistad personal con el Señor, todo itinerario formativo está destinado a caer en la rutina y en la desilusión. Recorramos juntos algunos rasgos que encontramos en el Testamento.

EL SEÑOR ME DIO A MÍ, EL HERMANO FRANCISCO, EL COMENZAR A HACER PENITENCIA

San Francisco nos narra la historia de un amor de predilección que lo sedujo y lo fascinó: antes de cualquiera de sus proyectos hubo un primer evento inesperado y sorprendente, que puso en juego su vida. Su vocación y la nuestra, hunden sus raíces en el misterio de amor que siempre nos precede y nos acompaña, y esto de tal manera que todavía hoy nos conquista y nos conmueve, incluso desde dentro de la opacidad que se crea en nosotros, en el sucederse de los días difíciles y rutinarios.

Es desde este evento como se enciende un camino de conversión, en donde el primer puesto no lo ocu-

pa nuestro esfuerzo, sino el deseo que Dios tiene de encontrarnos y amarnos. La conversión parte del descubrir a Dios como el *Abbá*, amante y próximo a la vida de cada una de sus criaturas. Francisco anuncia el rostro de ternura «materna» del Padre de Jesús: sólo entonces es posible mirar la formación como un camino de conversión, desde el inicio de la vida franciscana. Advertimos la urgencia de proponer el tiempo de la formación inicial como una iniciación, gradual y al mismo tiempo exigente, para lograr una vida de permanente conversión. El «hacer penitencia» de Francisco inaugura una existencia que es respuesta a la misericordia del Padre. Creemos que todavía existe la posibilidad de iniciar en esta respuesta total a quienes llaman a nuestra puerta, así como el proponerla con audacia y con firmeza a los Hermanos que se encuentran en las diversas etapas de la vida y en las variadas situaciones sociales y culturales en que vivimos.

Esta respuesta se alimenta a través del espíritu de la santa oración y devoción, por medio del cual podemos tener nuestro corazón vuelto al Señor y los ojos bien abiertos sobre el mundo y sobre los sufrimientos injustos que aquejan a gran parte de la humanidad.

EL SEÑOR MISMO ME LLEVÓ ENTRE LOS LEPROSOS Y PRACTIQUÉ CON ELLOS LA MISERICORDIA

La conversión es fruto de la iniciativa de Dios, que se alcanza a través del encuentro con el otro, no como a un enemigo al que se le teme, sino descubriéndolo como prójimo. No es sólo una casualidad el hecho de que san Francisco haya elegido formar a los primeros Frailes en los leprosarios. De hecho, él quería hacerles experimentar, casi gustar, aquel momento intenso y doloroso que él vivió entre dulzura y amargura. ¿Acaso Francisco no fue seducido en el momento mismo en que experimentaba repugnancia, abriéndose de tal modo al nuevo encuentro con el Señor Jesús, que lo llevó a identificarse misteriosamente con el pobre, el repudiado y el leproso?

Frecuentemente repetimos que nuestra propuesta formativa es demasiado teórica y que el lugar de nuestra formación es el mundo real y la Fraternidad. Preguntémosnos entonces si estamos cercanos, con opciones y modalidades diversas, a los pobres de nuestro tiempo que muchas veces son fruto de la violencia de la globalización y de su mercado homologante. ¿Estamos dispuestos a caminar y a vivir con ellos como menores? Nuestros procesos formativos con frecuencia constituyen un privilegio y una condición que corre el peligro de alejarse de la vida real de muchos de nuestros contemporáneos. Debemos interrogarnos si nos reconocemos inmersos en una formación que no tiene elecciones valientes y atrevidas que pueden hacer nuestros itinerarios formativos

más cercanos a los leprosos de nuestro tiempo. ¿Podemos formar en ambientes cerrados y protegidos, en donde los más pequeños tienen temor de entrar?

EL SEÑOR ME DIO UNA FE TAL EN LAS IGLESIAS Y EN LOS SACERDOTES

El camino de la conversión de san Francisco nos muestra que uno se convierte en discípulo cuando logra caminar en la comunidad más grande de discípulos que es la Iglesia. Inmerso en el misterio viviente del pueblo de Dios que peregrina en el tiempo, Cuerpo de Cristo y Casa de Dios, es donde el Poverello encontró al Señor Jesús en los leprosos, en el Evangelio, en los hermanos, en todo lo creado.

Reconocemos que nuestra formación debe estar atenta a la vida y al camino de la Iglesia, que para nosotros se hace presente en lo concreto de tantas Iglesias locales en las cuales vivimos el anuncio del Evangelio. El Hermano Menor crece en su vocación y misión en la Iglesia, con la Iglesia y al servicio de su misión. Nos parece importante recordárselos en la vigilia de los 800 años de la recepción y aprobación del proyecto evangélico de san Francisco y de sus Hermanos de parte del Señor Papa.

Formarnos en la comunión de la Iglesia significa para nosotros profundizar la escucha de la Palabra de Dios, a la que Francisco recogía con devoción y le rendía honores en todo lugar. Fuimos llamados a anunciar el Evangelio a través de una sólida formación intelectual, en una misión siempre cada vez más abierta al encuentro y al diálogo con el mundo de hoy. La escucha de la Palabra culmina en la celebración de los signos sacramentales, en los cuales el Señor resucitado se hace presente a su Iglesia y actúa para la salvación del mundo.

EL SEÑOR ME DIO HERMANOS

¿San Francisco hubiera podido vivir el Evangelio sin el don de sus hermanos, discípulos con él del único Maestro? El don de los hermanos no es algo marginal o instrumental a la gracia de la vocación evangélica, sino que es algo que le pertenece íntimamente. Nuestra fraternidad se revela como un espacio teologal, en el cual la presencia y la acción del Señor se vuelven transparentes en la cualidad de nuestras relaciones recíprocas, en la apertura a los demás y en el permanecer sumisos y sujetos a todos.

Nuestros itinerarios formativos tienen en cuenta el particular cuidado que nuestra fraternidad nos pide hoy? No podemos formar para vivir nuestra vocación como si fuésemos islas. Por esto también nos viene al encuentro el instrumento del proyecto de vida en sus varios niveles: personal, local y provincial. Si partimos

de la formación inicial, es cada vez más urgente, acompañar a los Hermanos en procesos de crecimiento y de sanación, hasta llegar a la profundidad de la historia de cada uno, de su mundo afectivo y de sus opciones. Es además urgente acompañar a los Hermanos en análogos procesos de reconciliación consigo mismos y de transformación, a fin que se pueda vivir una vida buena, bella y feliz, anuncio y anticipación del Reino de Dios. Este también es el camino para una formación continua para vivir relaciones más humanas y maduras.

EL MISMO ALTÍSIMO ME REVELÓ QUE DEBÍA VIVIR SEGÚN LA FORMA DEL SANTO EVANGELIO. Y YO LO HICE ESCRIBIR EN POCAS PALABRAS Y SENCILLAMENTE, Y EL SEÑOR PAPA ME LO CONFIRMÓ

En pocas y sencillas palabras san Francisco condensa su intuición evangélica, que lo ha deslumbrado y seducido hasta el punto de tomar forma en un propósito de vida de presentar a la Iglesia para ser vivido públicamente. No se trata de un proyecto privado, sino de una posibilidad que muchos puedan reconocer como actual para ellos, en el aquí y en el ahora, la llamada de Dios a vivir el Evangelio en obediencia, *sine proprio* y en castidad.

En estos momentos tenemos frente a nosotros la celebración del VIII centenario del gesto sencillo de Francisco de presentarse al señor Papa y pedirle la aprobación de su forma de vida. Desde entonces, muchísimos hermanos se han reconocido en ella y en ella han encontrado la vía para vivir como discípulos de Jesús en tiempos diversos. La memoria de aquel día y de tanta otras historias de seguimiento están actualmente vivas para nosotros, todavía más, contribuyen a diseñar los contornos del rostro de nuestra Fraternidad en este tiempo tan particular y provocador para todos nosotros.

Para que la vocación evangélica de los Hermanos Menores sea posible hoy, nuestros procesos formativos se deben alimentar de esa memoria viviente, en medio de una época que nos pide que vivamos en una realidad en permanentes cambios. El Evangelio no cambia, pero también es verdad que los tiempos, los lugares y las culturas no son absolutamente indiferentes a su aceptación en la vida. Por estos motivos la tarea de la formación nos parece hoy muy compleja y apasionante.

La celebración de la gracia de los orígenes sólo podrá irradiar en nosotros *gracia de futuro*, si no rehusamos o huimos a la llamada a restituir el don de nuestra vocación, no en lo encerrado de nuestros claustros, frecuentemente vacíos, sino en el claustro más grande del mundo, el único que verdaderamente nos pertenece y en el cual deberíamos de sentirnos como en nuestra casa.

EL SEÑOR ME REVELÓ QUE DIJÉSEMOS ESTE SALUDO: «EL SEÑOR TE DÉ LA PAZ»

San Francisco ha reconocido como corazón de su misión el anuncio de la paz, que se identifica con Cristo: «Él es nuestra paz» (Ef 2,14). Se trata verdaderamente de la culminación de su proceso vocacional y misionero.

En un mundo profundamente lacerado por divisiones y tensiones de todo género, creemos en la utopía evangélica de la Fraternidad de menores, sobre todo a través de los gestos de hospitalidad recíproca y de perdón. Así podremos caminar en nuestro tiempo y anunciar el Evangelio desde nuestras heridas y pobreza, que hemos iniciado a curar en aquél laboratorio de esperanza y de reconciliación que puede ser nuestra vida fraterna.

También nosotros: ¡pecadores perdonados!

Formarse para la paz significa aprender a tratar nuestros conflictos, asumir un estilo de vida no violen-

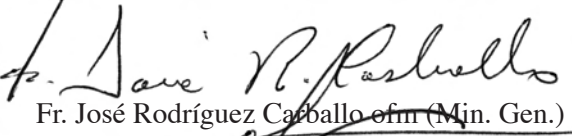
to, aprender el arte de dialogar franca y serenamente, a convivir en el respeto y en la estima recíproca. Nos formarnos juntos para transformarnos en fermento de reconciliación en los ambientes en los que vivimos, como verdaderos artesanos pacientes y apasionados por la paz, incluso en las situaciones que bloquean e impiden la convivencia pacífica y el respeto de los derechos de cada hombre, especialmente de los más desprotegidos.

Queridos Hermanos, os entregamos con confianza estas palabras, para que el itinerario de conversión y de transformación que san Francisco nos relata en su última voluntad pueda ser un compañero de viaje para cada uno de nosotros, que agradecemos al Altísimo por el don de la vocación a vivir como discípulos de Jesús la vida de los Frailes Menores.


Os pedimos que acompañéis con una oración insistente y confiada la preparación y la celebración del próximo Capítulo general, a fin de que sea un tiempo de gracia en nuestro camino de conversión y de restitución por el don recibido del Señor, y para el bien del mundo.

Roma, 17 de septiembre 2007
Fiesta de las llagas de San Francisco
Prot. 099154

Vuestros Hermanos del Definitorio general:


Fr. José Rodríguez Carballo ofm (Min. Gen.)

Fr. Francesco Bravi, ofm (Vic. Gen.)
Fr. Amaral Bernardo Amaral, ofm (Def. Gen.)
Fr. Ambrogio Van Si Nguyen, ofm (Def. Gen.)
Fr. Finian McGinn, ofm (Def. Gen.)
Fr. Jakab Várnai, ofm (Def. Gen.)
Fr. Miguel J. Vallecillo Martín, ofm (Def. Gen.)
Fr. Mario Favretto, ofm (Def. Gen.)
Fr. Šime Samac, ofm (Def. Gen.)
Fr. Luis Gerardo Cabrera Herrera, ofm (Def. Gen.)
Fr. Juan Ignacio Muro Aréchiga, ofm (Def. Gen.)


Fr. Ernest K. Siekierka ofm (Sec. Gen.)